

Pedacitos de cartas de mujeres

Hacernos reir cuando estamos tristes, cualquiera puede hacerlo. Hacernos llorar cuando estamos alegres, eso sí que no puede hacerlo más que uno!

Si es preferible el amor de un hombre vulgar al de un hombre de talento? El del primero, podrá estar siempre mejor formado; pero el del segundo, estará mejor vestido.

Las grandes actrices del amor, como las del teatro, no buscan en el amante un rival de genio: les basta una medianía, con tal de que sepa *darles la réplica* y prepararles los efectos.

Bien sé que las mujeres amamos por lo regular á quien lo merece menos. Es que las mujeres preferimos dar limosnas á dar premios.

En amor, el perdón eleva al que perdona; pero humilla al perdonado, y en fuerza de perdonar ó de elevarme, cuánto te humillo á tí, llegará un día en que nos hallemos muy lejos uno de otro.

Aunque no lo habrás olvidado, te recuerdo que mañana estás convidado á pasar el día conmigo. No dejes de venir tempranito. Tenemos que charlar mucho. Aquel caballero se atrevió por fin, como se esperaba. No parece tan tonto como creíamos. Es muy juicioso y habla con formalidad de casarse. Pero, con todo, no me conmueve; en cambio, el otro tuno me da muy malos ratos. ¡Estoy furiosa conmigo! Mamá tiene razón; pero ¿qué le he de hacer? Como cantan en «Carmen»: «al que me quiere, yo no lo quiero...» Siempre pasa lo mismo. En fin, hijito, estoy tan harta, que si esto sigue, me dejaré querer y me casaré sin cariño, y trampa adelante. Acaso sea lo mejor, porque cuando una quiere de veras, todo son disgustos.

Hasta mañana. No faltes, alma mía.

P. D.—Traeme algún libro que me interese.

Tienes razón. Soy una ingrata; debí escribirte antes y no fué olvido. Nunca me he acordado tanto de tí; por lo mismo, como pasaba horas enteras hablando contigo en imaginación, al pensar en escribirte no sabía por dónde empezar y lo iba dejando de un día para otro, hasta hoy, que hice firme propósito de no demorarlo un día más. ¡Cuánto diera yo ahora por tenerte á mi lado y hacer efectivas nuestras charlas imaginarias, mejor que ir poniendo un renglón y otro, para que entre ellos, por mucha prisa que me dé á escribirlos, se me escape mil menudencias que no lo son para nosotras, y contadas una por una serían deliciosas! ¡Qué partido no sacarías de ellas tu travesura! Quisiera yo que esta carta fuera como aquellas graciosísimas tuyas del colegio, dividida en capítulos, con aleluyas y monigotes. Aunque esto pudiera parecer chiquillada, impropia de una señora casada y formal. ¡Señora! Viéndote estoy muerta de risa, cuando pongas el sobre al contestarme.